

Mariano Latorre

## LA VIEJA DEL PERALILLO

**E**XPIRABA, tendida en el duro piso de la estancia campesina, cuando crucé el alto madero que hacía las veces de umbral en la pequeña puerta. Era como entrar a una cueva, opaca de telarañas. Una vela llorona, puesta en el quicio de una ventana, hacía bailar dentro de una trama plumiza perfiles de cosas y personas. Así comenzó mi conocimiento real con doña Bonifacia Retamales de Aravena, del Peralillo, doña Moñi, como la llamaban familiarmente en la montaña.

Antes no me fué dado escuchar su voz. Los estertores de la muerte, iguales en todos los agonizantes, son datos insuficientes para reconstruir el rudo timbre de su voz hombruna, peculiaridad de doña Moñi, al decir de sus conocidos. Ni siquiera la vi cruzar por los caminos de los cerros, en viaje al puerto o al Empedrado, a lomos de la Pulga, una yegüecita oscura, tan popular en la montaña como su dueña misma. Era un milagro cómo aquel animalito de juguete podía soportar en su delgado espinazo la majestuosa corpulencia de la propietaria del Peralillo; pero milagros de esas especie son frecuentes en los cerros. La vitalidad y la resistencia no están de acuerdo con la vasija de barro que las encierra; así como del movable pelotoncito de tierra de las tenecas, brotan en la primavera trinos de impensada melodía.

Nunca atravesé el esterillo de rubio cauce, que parte en dos las jorobas amarillas de las colinas, a donde doña Moñi vivía, pero no ignoraba (los montañeses no guardan secretos, sobre todo ante un vaso de chicha), que doña Moñi, dos veces viuda, había dominado tiránicamente durante medio siglo a sus dos maridos, campesinos de la región, a quienes hizo trabajar como peones en viñas y sementeras. El esfuerzo físico desplegado por ella no era menor que el de los hombres. El producto, sin embargo, lo guardaba ella. El dinero debía estar enterrado en alguna parte, porque no se veía. Oí hablar no pocas veces de su

fuerza hercúlea (levantar a la Pulga ensillada, por ejemplo, o a una carreta con trigo), y en cuanto a su capacidad de ingurjita-ción no le iba en zaga a Pedro Mono, a don Ranchona y a otros célebres bebedores de la montaña.

Un tipo de mujer así no era extraño en los cerros de la costa. Vi muchos casos en campos o aldeas. La vida es difícil en aquellos rincones. Los hombres emigran el valle central, atravesando toda la cordillera o se descuelgan, por la orilla del Maule hacia la costa, en busca de trabajo más remunerativo. En su ausencia, las mujeres cuidan las viñas y siembran el pequeño trugal. Terminan por convertirse en hombres. A tal esfuerzo físico corresponden agresivos apetitos sexuales. Con algunos vasos de vino o de aguardiente desátanse sus pasiones y llegan a los peores extremos. En el caso de doña Moñi, contábase, atraía al muchacho que le había gustado en una trilla o vendimia o lisa y llanamente se vendía, según su conveniencia. Con frecuencia los huasos reuníanse allí y bebían con doña Moñi y unas sobrinas que atravesaban los cerros con sus rebozos y sus zuecos, apenas comenzaba a tamborillear el arpa y a oírse las coplas de las cantoras o los gritos de los huasos borrachos, en el rincón de montaña.

Supe esa tarde, por un nietecillo de la vieja que vino al despacho del fundo a comprar velas, el estado de doña Moñi y convidé a mi hermano, dueño y administrador de la heredad paterna de los Cerros, a ir al velorio. Llegamos cuando su alma volaba de sus riscos nativos para siempre o a esconderse por ahí cerca, según la expresión de un huaso que conocí poco después, porque su alma estaba condenada a penar eternamente. Sobre la tierra, que sus zuecos apisonaron tantas veces, habíase doblado su cabeza maciza, de recias mandíbulas y los cabellos, de un rojo leonado, sin canas casi, se desparramaron como formándole una almohada donde reposar. La luz amarilla, suavizada por la densa atmósfera de la habitación llena de gente, hacía destacarse la cara leonina y voluntariosa. Blanqueaba su amarillosa dentadura de mujer sana, a pesar de sus setenta años, en una fea actitud de morder, porque la fuerte mandíbula se desencajó. Todos rodearon a la vieja. Uno había tomado la vela de la ventana y el temblor de su luz hacía vivir aquellas caras duras que se inclinaban sin expresión para no perder un detalle de la agonía. Apagáronse los ronquidos. Les sucedió un prodigioso silencio, tan intenso, que la luz misma de la vela pareció que vibraba con un suave aleteo de mariposa. Repentinamente la habitación se llenó de agudos clamores, de gritos inarticulados, de sollozos histéricos. Aquello tenía algo de mecánico y de grotesco, al mismo tiempo. Era, sin embargo, la costumbre. Terminaron tan

impensadamente como nacieron. Oí murmullos; órdenes dadas por una enérgica voz femenina. Hombres y mujeres se apartaron. La muerta era trasladada, del piso frío y duro del pequeño cuarto encalado, al lecho monumental, especie de vieja cuja de labrados pilares. Y entonces me asaltó la pregunta que hacía mucho rato pugnaba por formularse:

¿Por qué la vieja había expirado en la tierra y no en su lecho? ¿Era, acaso, una ceremonia funeraria, heredada de los antiguos colonos extremeños y de los indios de las encomiendas del partido del Maule? No fué el primer enigma que me sobrevino desde el velorio de doña Moñi Retamales de Aravena hasta su santo enterramiento en el pequeño cementerio del Empedrado.

Comenzó un extraño ajeteo, sobre todo de mujeres. Cuchicheos, ásperos mandatos, traslado de cajones y de muebles. Se abrió una ventanita que daba al campo. La noche entró al cuarto con su frescor siempre puro y alargó la llama de la vela, erizada de cuajarones de esperma como un ojo que lagrimea. Los hombres empezaron a desfilar hacia afuera. Yo me quedé en un rincón. Doña Moñi fué lavada y aderezada como nunca en su vida. La ví un momento desnuda; fuertes y de agradable contorno eran sus espaldas y graciosamente perfiladas las pantorrillas, en contraste con los pies, que el trabajo deformó. Sobre las ropas que debía llevar la difunta, se promovió entre las comadres una discusión violenta. Pero dominó la voz y el gesto mandón de una mujerota morena, de ganchuda nariz que, mientras hablaba, había presionado la mandíbula, sujetándola con un pañuelo que anudó en la nuca. Vi entrar al hijo mayor, un hombre de barba renegrida y de aspecto inofensivo. A él le correspondía cerrar los ojos de la muerta. Lo hizo con unciosa lentitud. Ya ardían cuatro velas, puestas sobre candelabros y botellas. Retorcíanse sus llamitas rojizas y temblonas; vagos fragmentos de sombras aleteaban sobre el cadáver. Las mujeres se habían hincado a rezar. Empezaban los primeros ofrecimientos. El mosconeo del rosario resonaba monótono y triste junto al lecho. Entonces me deslicé por la muralla hacia afuera.

La noche enlutaba los chatos cerros dormidos. El hielo de Agosto enfriaba la sombra densa y profunda. Había llovido la semana anterior y las aguas alborotadas del esterillo rugían en la oscuridad. El lejano estrelleo de los astros parecía un eco argentino de su interminable rumor. A un costado de la casa, un grupo de montañeses encendían una fogata. Tímidas, mordisquearon las primeras llamas la tiniebla espesa; luego, la dominaron con rápidos zarpazos rojos. Torsos oscuros se inclinaban sobre la hoguera; ángulos de ponchos. No bajé hasta la cocina,

donde debía estar mi hermano. Apoyado en el pilar del corredorcito, oí el sordo murmullo de los rezos y el claro correr de las aguas en la noche. Sentíame bien en la oscuridad. Mi poncho me abrigaba en un tibio abrazo protector. A cada minuto que transcurría, cada ruido del campo, cada palabra que el ala del viento me traía, adquirían una individualidad más acentuada. Mis oídos se hicieron finos como los de los zorros. Esta callada elaboración llegó a producirme un morboso deleite. Si oía el grito de una lechuza, veíala, envuelta en un harapo de noche, caer sobre el pájaro adormilado. Si un grillito criquilaba, cerca de mí, sentía las sierras de sus tarsos, frotándose como si tuvieran frío. Habría sido, para mí, de un real asombro si este mundo de ruidos que empezaba a vivir en mi interior, hubiera sido distinto de como yo lo había creado.

Así fué como advertí, a mis espaldas, la presencia de un campesino en el cual no había reparado, tan inmóvil estaba en el filo de piedra del corredorcillo. El me había visto ya, estoy seguro. Al encender yo un cigarro, me pidió fuego, según la clásica fórmula campesina. No era el desconocido un hombre reconcentrado. A las pocas palabras supe que se llamaba Chano González, de Nirivilo. Cierto es que un cigarro en el campo, es casi una presentación. El fugaz resplandor del fósforo me permitió ver una típica cara de viejo de los cerros, de gran barba blanca y de rasgos poderosos, pero sin animación. Toda la vida reconcentrada en unas chispas azulencas, perdidas entre tiesos pelos. Era un pariente lejano de la vieja. Algo creía tocar en el reparto, por lo menos la cazuela del velorio. Doña Moñi era rica, en el sentido en que esta palabra se entiende en la montaña. Poseía una viñita en la loma, en cuya cima estaba la casa; una vega en el bajo para maíz y porotos; un renoval y no le faltaba una falda de cerros para sembrar, entre rojos espedones, algunos sacos de trigo. Además, ese misterioso dinero amontonado por la vieja, moneda a moneda y cuyo escondite aún no se había encontrado ni se encontraría nunca.

On Chano se consideraba como pariente y posiblemente sus relaciones con doña Moñi no eran cordiales. Más adelante pude enterarme que mis sospechas eran fundadas. Vivía a algunas leguas de Peralillo y parecía estar enterado de todos los pormenores que rodearon la vida de doña Moñi. Su voz tenía un ligero tono cantarino, como de pájaro y sus palabras una malicia característica, el sabor de las bayas silvestres. Chupaba con fruición su cigarrillo y las noticias del campo, envueltas en humo, penetraban poco a poco en mis oídos. Eran rencillas de rancho, pequeñas miserias de aldea, alusiones a ovejas perdidas y a bue-

yes que se pasaban a las sementeras y chacras; de cuando en cuando, la conversación recaía en la difunta. De pronto, una frase llamó mi atención:

—Y habrá que velala dos días, como dueña de casa qu'es y pa alejar el Malo que ronda pu'aquí una zalagarda dí'años.

—¿El malo, on Chano, anda por aquí?

—Dos veces ha cantao el chuncho etrás e los corrales ¿No lu'ha oyío, su mercé? Señá es que li'ha de poner toas las impedías pa que sea enterrá en sagrao.

Súbitamente acudió a mi memoria la visión de la vieja, tendida en el duro suelo de la estancia campesina y me pareció que este viejo montañés podía explicarme la razón de la extraña costumbre serrana; pero no me dió tiempo. Sentenciosamente cerraba su razonamiento, haciéndose juez de la suerte de la vieja.

—¡Estas son las resultas de la mala vía!

Intrigado, lo interrogué:

—¿Doña Moñi no ha sido una mujer honrada, on Chano?

—¡Escandalosas adende chiquichicha, con perdón de su Mercé! ¡Dios me castigue si levanto un falso testimonio! Los mismos dolientes l'han bajao de la cama onde ha pecao pa que muera en la santa tierra y tenga perdón de Dios. Con los pies p'al puelche y la cabeza pa la travesía.

Guardó silencio. Había botado su cigarrillo y me pareció que se persignaba devotamente:

—Pero nu'hay que hablar mal de los finaos, porque dicen que le penan a uno. ¿Usted no baja? agregó en seguida.

—Todavía no, On Chano. Voy a esperar a mi hermano aquí.

Atraíalo la fogata y la animación que ya se notaba en el fondo del cajón. Su hora había llegado. La cazuela herviría en las ollas y la chicha pasaría de mano en mano. temblequeando en los vasos. Un instante tiene vida propia su figura, un poncho claro que el resplandor ilumina; luego, se funde en la masa de sombras que rodean la hoguera

Vuelvo a asomarme al pequeño cuarto donde doña Moñi vivió y pecó. Mírola con simpatía después de lo que me ha dicho don Chano, su pariente pobre. Ya está en el ataúd, que debió ser escondido debajo de la cama de la vieja para que no lo viese, porque antes no lo divisé por ninguna parte. Lo han forrado con una choleta negra y las aristas la recubren, blancos ribetes acuchillados. Una gran serenidad envuelve el rostro blanco, tostado por las siestas veraniegas. Las mandíbulas han tornado a su lugar. Cabeza fuerte de bombeado frontal que limitan los cabellos rojizos, ligeramente grises. No hay en ella ángulos mapuches. Un lunar, de crespos pelos, se destaca sobre la comisura izquier-

da. Sigue el interminable rosario junto al ataúd. La bocanada de noche que penetra por la ventana no logra aclarar la espesa grisura de la atmósfera y las cuentas monótonas del rosario las rompe el cansancio de vez en vez y entonces se oye el crepitar de las mechas al enroscarse, carbonizadas, sobre sí mismas.

Salgo otra vez al corredor. La soledad me rodea. Sólo en el fondo la muchedumbre se anima, en torno a la hoguera reconfortante. Llegaba hasta mí el olor sabroso de la carne asada. La comilona ha comenzado. Deben haber bebido mucho, porque las sombras se animan y los serranos manotean, en interminables disputas. Hasta trozos de palabras revolotean en el aire negro, y se funden en la oscuridad como gotas de sombra caídas en la sombra inmensa. Voy en busca de mi hermano que debe estar con el hijo de doña Moñi, junto a la hoguera. Se yergue don Desiderio Aravena al divisarme y solícito me ofrece un trozo de asado. Lo como con apetito y esto me asombra. Debo beber un vaso de chicha. Murmura palabras incoherentes. Ya está borracho, como los demás. Se unen abrazados y llorones frente a las llamas que lamen y relamen sus caras cobrizas e inexpresivas. Entiendo que está muy halagado con nuestra presencia en el velorio de su madre. Nos vuelve a ofrecer carne y vino, cuando se entera que acompañaremos al cementerio del Empedrado los restos de doña Moñi.

Por fin, estamos en medio de los cerros. La noche parece venir encima de nosotros, salpicarnos con el rocío plateado de sus estrellas. Los caballos nos guían por entre laberintos de senderos y caminos. A ratos, las ramas de la madreños nos dan un arañazo impensado; a ratos, una ráfaga que parece bajar del cielo, tan pura es, nos hace tiritar.

Pienso en doña Moñi y en la impensada manera como ha entrado en mi vida. El día anterior no me había movido de las casas del fundo para atravesar los cerros y acercarme al Peralillo. Hoy estaba dispuesto a acompañarla, como si hubiera sido un viejo amigo de ella hasta el cementerio de la lejana aldea. Ardo en deseos de conocer más detalles de su vida.

Interrogo bruscamente a mi hermano que fuma silencioso:

—¿Tú sabías que doña Moñi murió en el suelo, porque en la cama había pecado mucho?

—¡Claro que sí! Hace algunos años lo hicieron con un viejo medio avaro que vivía en la Rinconada. De doña Moñi, con mayor razón. Un viejo de Nirivilo, que fué mediero mío, me contó muchas cosas de ella. Era medio pariente y estaba peleado por un campito al que la vieja le corrió cerco, porque decía que era de ella. De jovencita se perdía en el monte con cualquiera que

le gustase, con una manta y un poco de harina. A los pocos días volvía a su trabajo y siempre sola. Cada uno de esos muchachos era, después, su enemigo y la pelaban por todas partes. En cierta ocasión nació un niño. Entre la vieja Fidela que vive con ella, mataron el chiquillo y lo enterraron por entre unas piedras, pero los perros descubrieron el cuerpo y así se supo.

—¿Y estuvo en la cárcel por eso?

—No, aquí no se estila eso. Mientras menos interviene el Juzgado o la Policía, mejor. La cosa queda entre ellas. Se comenta y si pelean en las trillas, se lo echan en cara. O bien, como en el caso de doña Moñi, porque le temen a la vieja Fidela, que es bruja, se contentan con decir que está condenada y que nada la salvará de las garras del diablo.

—Eso fué lo que le oí a un viejo de Nirivilo, on Chano González, que estaba en el corredor cuando tú bajaste con el hijo de la vieja.

—Ese es el mediero mío y pariente lejano de doña Moñi. El estar mal no es obstáculo para que se asista al velorio. La muerte lo perdona todo, por lo menos mientras duran el vino y el asado. Este viejo es el que más la ha difamado. A pesar de su aspecto santurrón, tiene una malicia insidiosa. El fué el que bautizó la casa de la vieja con el sobrenombre de L'lesia. Así decía, al ver a alguien que iba por ese camino y lo decía con aire muy serio: ¿Vas pa l'lesia? No, on Chano, no ve que voy pal Peralillo?—Entonces pa l'lesia vas. Concluyeron por darse cuenta y casi todos llaman a la casa con ese nombre. Es porque allí puede entrar el que quiere como en una iglesia. La vieja vendía licor y allí se remolía cuanto les daba la gana, siempre que pagasen la chicha. A doña Moñi se lo contaron y su venganza consistió en regalarle un barrilito de mosto al cura del Empedrado para que éste retase a los campesinos que iban a ejercicios, por el sacrilegio de llamar Iglesia a la casa de remolienda.

Empezamos a descender hacia el cajón. Ya está aquí el estero de Peñalquín, con sus aguas alborotadas y sus viejos robles de enormes troncos torcidos que montan guardia en las orillas. Se yerguen, como si se empinasen para mirar las masas negras de los cerros. Parecen abrigar su cuerpo de piedra con inmensos ponchos de sombra. Se alejan aún más las estrellas, a medida que bajamos. Siéntense gruñidos y tarascones. Son los zorros en celo que se persiguen por los matorrales. Los perros aullan llenos de erótica nostalgia. Ya estamos en los viejos corredores de la casa paterna. Pedro Mono espera a los patronos, dormitando en un rincón, todo apelotonado en su viejo poncho se-

rrano. Luego, llevará los caballos sudorosos al potrero, detrás de las casas.

---

En vano traté de conciliar el sueño durante la noche. Aullidos de zorros, gritos de lechuzas, inacabable ladrar de perros chocaban en la soledad y partían la escarcha cristalizada de la noche de Agosto. No podía apartarse de mi memoria, clavada en ella como una obsesión, la cara de la vieja, agonizando sobre la tierra dura que las cuecas apisonaron durante medio siglo. La muerte había inmovilizado su vigorosa contextura. Dentro de poco marcharía, a hombros de sus amigos, parientes y amantes de una hora, hacia el pequeño cementerio de los cerros. Como un contraste, la imaginación me la hacía ver cincuenta años atrás, en el esplendor de su mocedad campesina. La blusa almidonada de los días de fiesta se levanta con la dura presión de los pechos. Entre los hualles del monte, sonoros de hojas, se ha perdido con un mozo cualquiera, como una pareja de lloicas, al entibiar el aire el primer soplo de la primavera.

Blanqueó la ventanita de mi cuarto. En el agua fría del amanecer cayeron, como goterones de cristal, los primeros trinos de las diucas. Ya claro, me hundí en un sueño pesado y negro.

## II

No rompió el sol la niebla, escarcha hecha vapor, que borraba los contornos de los cerros y encerraba al vallecito en dos muros de niebla inmóvil. Los viejos pellines costeños, los abuelos de los que bajaron al mar y sirvieron en los astilleros, retorcidos y llenos de jorobas leñosas, resisten impasibles la helada presión de la niebla. En la falda, las cepas crispadas casi se confunden con la tierra oscura. En vuelos cortos, sin trinos, pasan los pájaros a ras de tierra.

A mediodía, se recortó en el fondo lechoso, la figura de un jinete montañés. La silueta minúscula de un caballo de cerro; el tono pardo de un poncho.

Mi hermano lo reconoció inmediatamente:

—¡Es don Chano! ¡A comprar mosto lo han mandado!

Me acerqué al filo del corredor para observarlo. En efecto, eran sus barbas blancas que el viento echaba hacia un lado como los colgantes líquenes de los pellines viejos.

Saludó amablemente.

—¿Cómo han amanecido sus mercedes? ¡Mucho se les echó de menos a los caballeritos en Peralillo!

Las gotitas azules, desvaídas de los ojos, estaban llenas de una suave complacencia. Intentó bajar; todo, avío y jinete se vinieron a un lado. Volvió a enderezarse con un cómico envión hacia el otro costado. Debía estar aún medio borracho. Disimuló, echándole la culpa al caballo. Y era una injusticia incalificable culpar a la mansa bestezuela.

—¡Tan mañoso el manco el diablo!

Con grandes precauciones bajó otra vez. Sobre la tierra tenía un grotesco aspecto, en su torcida endeblez. Sólo la cabeza, de recta nariz y boca grande, era robusta y bien dibujada. Como doña Moñi, no parecía un descendiente de indios. Su cabeza podía ser la de un castellano o la de un andaluz.

Sabía muy bien mi hermano a qué venía, pero siempre le preguntó:

—¿Y qué lo trae tan temprano por estos lados, don Chano?

—¿Y que no vé su mercé lo que traigo en la mano?

Alargaba, sacándolo debajo del poncho, un lacio cuero de cabro, todo arrugas y tolondrones.

—No me había fijado, on Chano, no me había fijado. Perdone.

—I agora qu'está enterao, lo vamos a engordar con mosto, si a su mercé le parece, porque así, con adre no mas, se reseca y se acaba lueguitito. Continmás que hay que seguir velando a doña Moñi pa espantar al Malo que nú'hace más que rondar las casas dende anoche. La zalagarda de gritos y de tropeles que si'han sentío por los cerros.

—¿Cómo así, on Chano?

—Fíjese su mercé que hasta el cura del Empedrado, que no pierde velorio, nu'ha podío venir a ministrarle los sacramentos, porque está enfermo, icen. ¡Miren que enfermarse on Pascual, cuando no la afloja nunca! ¡Cosa el malo es no más! Va a costar enterrarla en sagrado, es lo que le igo a Desiderio y a la Fidela. Usted lo va a ver, su mercé.

Mi hermano, espíritu jovial, no toma en serio las supersticiones de los cerros, pero se interesa o finge interesarse por la vida menuda de los montañeses. Solemnemente acota las palabras del viejo.

—Raro es, on Chano, que el cura no haya venido a la'lesia, que es donde los curas están más a gusto.

On Chano ha cogido la burla al vuelo y sus ojos claros interrogan alarmados:

—Malo es juarse con estas cosas de los ijuntos, patrón.

Ha amarrado despaciosamente su caballo a un pilar del corredor. Precaución inútil, porque el caballo no se moverá de allí. Desafloja las cinchas y mueve los pellejos. Los grandes ojos

tristes del caballo miran al amo. Hay una compenetración de años entre ellos. Juntos, son un producto de los cerros. Algo típico e inseparable. Desnudos, pierden su pintoresco relieve. La bestia es una caricatura del caballo; el viejo, casi una caricatura humana, con sus piernas torcidas y sus barbas sampedreñas.

Mi hermano lo embroma implacable.

—¿Y qué diablos tiene el Chincol (es el nombre del caballo de don Chano) en el sobrehueso?

—¿Qué no sabe su mercé que es de nación?

—Y no me acordaba, on Chano, ¡cómo voy a conocer a todos los caballos de los cerros!

Vamos a la bodega. Gorgoritea la chicha en el embudo con grumos violáceos. El cuero va cobrando vida poco a poco, a medida que se llena de líquido. Su superficie oscura y arrugada se aclara y se pone lisa. On Chano amarra firmemente la patita que sirve de boca y se lo echa debajo del brazo. Con una elasticidad de reptil se adapta el cuero al cuerpo del viejo, hinchándose prodigiosamente en dos grandes globos morenos.

En el corredor, a punto de subir a caballo, on Chano ha pedido velas. Las otras estarán ya en las últimas, explica. Mi hermano lo convida a un trago de chicha, mientras va en busca de las velas al despacho del fundo. El viejo se ha echado al colete dos vasos de un golpe. Le he ofrecido un cigarro. Sentado en el borde del corredor fuma voluptuosamente. Es la misma actitud, que seguramente, tenía la noche anterior en el Peralillo. Es una actitud de la montaña y de los hombres de la montaña. Todo es lento como si las piedras y los árboles comunicaran a bestias y a hombres su estatismo.

—Dígame, on Chano, le pregunto, cómo es que doña Moñi tiene tantos hijos si mataba a las guaguas?

Los ojillos inquietan sorprendidos de que yo esté enterado. Vacila, pero se decide a explicar:

—Es que apenas se ponía gorda, con perdón de su mercé, el marido la cuidaba y no le perdía pisá. Si no, quien sabe que habría pasado.

Y luego, arrepentido de haber hablado de este modo de la difunta, la defendía con su astucia socarrona de montañés. La pitanza del velorio era reciente y lo que aun quedaba qué comer.

—Pero ésto pasó cuantu'há, en vía del finao mi paire. ¡Porción di'años, su mercé! La Comaire Moñi era guainita y harto linda mujer. ¡Y presumía no habiendo! ¡E limpiaba los dientes con la mentá yerba e la plata y se reída de cualquier ná pa que se la vieran. ¡La zalagarda di'hombres que la buscaban, su mercé! Hasta el Gobernador de Maule se alojó ahí pa unas eleucio-

nes. Pero no debaja el trabajo renunca. No habiendo pa la siembra y pa el cuidao de viña. Los dos maridos eran unos viejos muy poco alentaos y si ella los deja, este'ra l' hora que no le quedaría ni' una planta e viña. Al segundo de los ijuntos lu' hacía cavar la viña a palos y d' hay se agarraban a chopazo limpio. Lueguitito quedaba en cuero su mercé, echando espuma como loca. Era como liona la comadre Moñi, su mercé!

Apenas mi hermano llega, el viejo se levanta. Ha colocado el cuero en el borrén del avío; en las prevenciones, los paquetes de velas. Se despide con exageradas manifestaciones de agradecimiento. E insiste en que debemos ir al cementerio a la mañana siguiente. Vamos a pasarlo bien.

—Qué comer no faltará, sus mercedes, porque Esiderio mató cuatro ovejas. Dos sacos de tumbas llevamos y otro cuero de chicha que le voy a ejar pagao por petición de los dolientes, pa remojarlas. Al alba salimos, porque se le va a cantar una misa de cuerpo presente en el Empedrado.

—Con todo eso el diablo no la ataja, on Chano, observó mi hermano.

—¿Y quién lo va a saber, su mercé? Es tan indino que alguna maula e ha de echar cuando menos se piense, igo yo. Si le tiene tantazas ganas a la ijunta. El chuncho no merma sus cantos ni en día claro, es que.

Con cómico apresuramiento se persignó varias veces, después de estas palabras. Subió al caballo con grandes precauciones. Daba la impresión de que temía desarmar la frágil armadura de huesos de su Chincol; pero ya está encima. Y ambos vuelven a conectarse. El caballo se pone en movimiento a un envión de las riendas. Manta, barba y cola de caballo toman la dirección del viento que comienza a empujar los nieblas por las faldas de los cerros. Un instante se dibujan contra la clara atmósfera; luego desaparecen entre jirones de nubes, como si se disolvieran en la blanca marea.

### III

Alto espinazo de sierra, que azota el látigo del norte. Ráfagas duras, cada vez más heladas y cortantes.

El rojo machete del camino parte el renoval de hualles en dos grandes porciones de esqueletos. El campo, una mancha pardusca y sucia bajo el alto cielo nublado. Entre los pedrones de un cañadón, un arroyo escarmena los níveos copos de su corriente.

Mi hermano y yo esperamos hace media hora a doña Moñi y

a su cortejo. No hay más rumor que el del arroyo y el del aire entre los valles. Ni un pájaro se aventura por estos riscos, dueños del viento.

—Pongámonos al reparo, me observa mi hermano. El viento sopla de este lado y se lleva las voces. No tardan en llegar.

Como evocados por un conjuro, resuenan voces agrias delante de nosotros. Luego, arrastre de cascos en el terreno pedregoso. Una escarpa nos oculta el acompañamiento. Asoma, primero, una enorme cruz de madera recién cepillada. Llévala a cuestras un huaso corpulento que marcha a grandes zancadas. Más atrás, se balancea la negra masa del ataúd, sobre un huando, en los hombros de cuatro huasos. Se oyen sus potentes jadeos. Cuatro chorros de vapor, cuatro conos grises e impetuosos salen de sus bocas. Las caras están congestionadas por el esfuerzo, junto al ángulo del ataúd, pero los pasos de los campesinos son rápidos y seguros.

Sobre sus caballejos peludos, hasta una veintena de huasos emponchados siguen el ataúd. Policromía de ponchos (bayos, rojos, pardos, negros); policromía de caballos (moros, mulatos, overos, colorados), animan la desolada grisura del paisaje serrano. No vienen tristes. Hablan en alta voz, ríen a carcajadas, agitan las tostadas manos, clavan despiadadamente a sus caballejos si se retrasan.

El ataúd negro, con sus grotescos adornos de lienzo, parece un gran pájaro que planea por las faldas, en la actitud de abatir el vuelo. Y lo abate, descendiendo sobre la parda tierra frente a nosotros. El hijo de doña Moñi se acerca a saludarnos. Sus palabras se enredan en la gran barba oscura, se las lleva el viento y nada se le entiende. Tampoco importa. Nosotros asentimos. La escena ha emocionado al cortejo que se calla súbitamente, a la expectativa. Es algo nuevo y les ha caído bien.

Pero el cajón está otra vez sobre los hombros de los huasos. Se desliza ceñudo y negro, precipitado y ciego, con su fúnebre contenido por los altibajos del áspero camino.

Voluntariamente me he ido quedando atrás. Mi hermano va junto a Desiderio Aravena, en la cabeza del acompañamiento. Yo examino a los huasos. A muchos los conozco ya. Son clientes habituales del despacho del fundo o de la bodega. Voy saludando a medida que los reconozco. Su parecido es increíble. Un mismo vaciado y una misma materia oscura. El atezado matiz de sus caras no varía, pero sí la forma de sus cabezas. Los hay de cara larga y oscuros ojos; también de redondos mofletes y claras pupilas. Los rasgos regulares, las mandíbulas fuertes. Pocas veces ví la cara aindiada en la montaña. El indio había desaparecido

en los lejanos tiempos coloniales, cuando los cerros hoy desnudos, se encrespaban del húmedo verdor de la patagua y del roble; sin embargo, quedaba su espíritu en las costumbres. en el alma de los cerros, mezclándose las extrañas supersticiones indígenas con las prácticas cristianas. Un morboso miedo al más allá, especialmente al diablo, espíritu de la vida montañesa. Dios se había empequeñecido para agrandar a Satanás. Un Satanás que tenía mucho de huaso, usaba poncho y una espuela en el tobillo izquierdo y conocía a fondo, como cualquier serrano, todos los chismes y enredos de la región. Así corren sus vidas, con la uniformidad eterna de los arroyos, entre bautizos y entierros, trillas y vendimias. No varía sino la cuantía de los corderos sacrificados o de los cueros de vino bebidos, según la fortuna de cada propietario.

—Su mercé se va quedando a la culata, me advirtió una voz que reconocí inmediatamente.

On Chano, montado en su caballejo, venía a advertirme mi distracción.

—¡Mire que estos caminos de los cerros son muy treicioneros! A lo mejor las endilga por otro camino y se vá pa'l río.

Habíanle confiado la custodia de los caballos de los huasos que hacían el turno de la primera estación. Según advertí, era también el encargado de los cueros de chicha y del saco de presas de cordero. Esto lo llenaba de una cómica vanidad. Medio borracho, gritaba a cada instante a los caballejos que, con los estribos sobre las sillas y las riendas atadas al borren, se apartaban a mordisquear el reseco pasto de las orillas.

—¡Ah, manco mañoso! ¡Ah, pingo mal arriado, hijo'una!

Cuando se calmó, le ofrecí un cigarro.

—Creo que podemos pitar un poco. ¿No le parece, on Chano?

—Un cigarro nunca viene mal, su mercé, afirmó.

—¿Y a qué horas llegaremos al Empedrado? ¿Está lejos todavía?

—Estamos comenzando, su mercé. Ni'a lo más alto de Peñalquín hemos llegado. De ahí, bajamos p'al otro lao.

—¡Si es que llegamos! dije en broma.

Sus ojos claros se oscurecieron. Bajó la vista con sincera turbación. Sin que me dijera una palabra comprendí el cúmulo de temerosos presentimientos que pasaron por su imaginación. No insistió tampoco. Le pregunté para variar la conversación:

—¿Y al fin no me dijo, on Chano, de qué murió doña Moñi?

—¿Y cómo se lui'ba a icir si no mi'ha preguntao?

—Entonces se lo pregunto ahora.

Marchamos en silencio unos instantes.

—¡De vieja habrá sío, su mercé. oña Moñi, pa la ruina, ya había nació. Ice oña Fidela que si'acababa e comer una buena chupilca cuando se dió vuelta pa un lao, con la lengua enrrollá. Oña Cata la vino a ver y dijo qu'era un adre. Contra ná le pusieron paños calientes porque no poía mover el cuerpo. Icen que el brazo lo levantó dos veces pa la boca, onde tiene una muela di'oro. Icen que hay que sacarla, sino el cristiano se condena. Ni por ná quiso el doliente que la sacaran y ei va la ijunta con el oro y unas caravanas platiás que le dió el segundo marío. Los tacos si que los cortó oña Fidela y las muelas quién sabe, porque la vieja es gallaza, su mercé.

—¿Y para qué los tacos on Chano?

Su mirada burlona se fijó en mí breves instantes. No comprendía mi ignorancia de estas cosas tan esenciales a la vida de los cerros; por último, debió pensar que yo era un forastero y me explicó con cierta superioridad:

—Sí, pues, su mercé, se sacan los tacos pa que el finao no venga a penar por la casa.

Habíamos perdido de vista al cortejo. On Chano azuzó a los caballos y apresuró el paso. Llegábamos al filo del cerro. El viento azotaba los riscos pelados con furiosas ráfagas. Eran rápidos fustazos de hielo. Solo breves instantes. Rápidamente bajamos. Abrióse una enorme hondonada, rebosante de vapores espesos e inmóviles. Dábanme la impresión de que todas las nubes de los cerros habíanse refugiado allí, cansadas de peregrinar. Ataúd y acompañantes se perdieron en la espesa masa nebulosa. Oíanse sus voces muy cerca de nosotros. Se habían detenido. Los caballos dormitaban amarrados por las bridas. Ellos se habían sentado en el suelo y en las piedras o troncos, al borde del camino. El ataúd estaba allí mismo, negro y siniestro. Era la primera estación, según me informó don Chano. El desayuno. Allí se comería y se bebería, a dos pasos de la muerta. Era la costumbre. Costumbre de más de un siglo. Cuando llegamos, el hijo mayor, Desiderio Aravena, tenía en la mano una crucecita amarrada con un boqui. Lo vi avanzar hacia un carcomido roble, a la derecha del camino. Al pie del viejo árbol, todo él un tronco deforme y lleno de leñosas excrecencias, fué clavada la crucecita. On Chano tejió con asombrosa rapidez una corona de boqui y la puso en las aspas. Un montoncito de piedras oscuras, como un hito, subía por la áspera corteza del roble. Allí mismo había cruces caídas en las piedras, goterones de esperma y negros lengüetazos de humo. Vi agacharse a todo el cortejo después de esto, recoger pedruzcos por todas partes y arrojarlas al montón. Era un viejo lugar de descanso, la primera jornada una vez que

se doblaba el filo del cerro. Reparaban sus fuerzas y, al mismo tiempo, dejaban un piadoso recuerdo donde el difunto descansó. Su descanso lo participaba el muerto mismo. Era un compañero en desgracia. Quizá más feliz que ellos, porque iría a los cielos como todos los pobres. Por el hecho de morir, tenía una aureola de santidad. Perpetuaba su recuerdo para que él intercediera ante Dios por sus camaradas, los que seguían bregando junto a las cepas raquílicas y a los pobres trigales de los cerros.

El viento movía al viejo roble santificado. Los manojos de varillas oscuras de su ramaje agitábanse como los dedos enflaquecidos de un esqueleto. Unas grises barbas de líquén golpeábanse, a cada ráfaga, contra ellos.

Don Chano empezó a repartir las presas. Un trozo de carne gris, porosa, un pedazo de galleta. Sabrosas, carne y galleta. Mucho más al probar la helada chicha y aspirar el humo de un cigarro. Animábase la conversación. Cruzábanse ásperas bromas entre los acompañantes.

—Echele más trago, on Chano, pa criar fuerzas, decía uno.

El viejo acudía solícito y el cuero expelía sin cesar el líquido gorgoriteante.

—La ijunta pesa más que un saco e cien kilos, explicaba otro.

On Chano estrujaba incansable el vientre del cuero en el cuerno que hacía de copa y a una pulla de un huaso respondía con tono zumbón:

—Nu'haga empanás, on Pata e Cata, que los días de trabajo la gente no tiene plata.

El interpelado, un huasito flaco, de torcidas piernas, le respondía:

—Pata e Cata serís vos, ojos de vidrio.

Y se acerca, amenazador, desafiante a on Chano. Bailotean los ojillos azules de éste y su mano tosca, sarmentosa, sujeta el extremo del cuerno sin inmutarse. Interviene, conciliador, el doliente.

—No hay por qué agraviarse ni faltar el respeto a la ifunta.

Y termina filosófico:

—En la misma tierra pialiamos todos.

Y on Chano se humilla (es su modo de ser) ofreciendo nuevamente chicha del inagotable cuero a su contrincante:

—Esculpe la mano, on Peiro, que es compañera el'otra.

Vuelven a montar. Sobre otros hombros descansados continúa su viaje oña Moñi por las encalvecidas colinas costeñas. El cortejo guarda silencio. Sólo los que llevan el cajón hablan sin término, como para ayudarse en el fatigoso menester. Los huasos parecen cansados o borrachos. Cabecean en mil actitudes

caricaturescas, echados sobre el cuello de los caballos o balanceándose con torpe oscilación de izquierda a derecha. On Chano como los demás. Ha olvidado los caballos sometidos a su custodia y yo debo arriarlos por el camino para que no se extravíen. Vuelve a obsesionarme el recuerdo de la vieja a quien acompañé tan devotamente al cementerio. Me parece que no va muerta, entre las toscas tablas del ataúd serrano; ni que es algún entierro al que voy. Es a una trilla cercana, bajo la cálida luz del verano o a una vendimia, dorada por los oros otoñales. Luce oña Moñi sus mejores galas campesinas. Su blusa recién lavada, la pollera tiesa de almidón y los zapatos domingueros. Sobre las robustas espaldas descansan las trenzas, dos serpientes rojas. Como una reina va sobre la espigas de una carreta emparvadora o entre los canastos, repletos de uva olorosa. El viento de los cerros abullona la fresca fragilidad de la percala. Los pechos, sólidos, se dibujan bajo los pliegues de la blusa.

Y bruscamente la veo semiborracha, ronca de cantar, impudicamente tendida, al cobijo de los montones de paja o bajo la verde complicidad de las cepas olorosas. Cínica y audaz, sin pudor ni remordimientos. Símbolo de la hembra campesina, pasiva y sin conciencia como la tierra misma. Como ella fecunda y eterna.

Descendíamos rápidamente. Enanchabase el valle cada vez más; erguíanse imponentes los cerros, alargando sus cabezas chatas, cubiertas de niebla. A cada instante veíamos ranchos de adobes, cuadrados y toscos, como excrescencias de la tierra árida. Ni un alma en los patios abandonados, ni un rumor en las ventanas, tapadas con tablas. Sólo gallinas, apelotonadas por el frío, en los palos adosados a las murallas. Extraños frutos de las viejas maderas, blanqueadas de excrementos.

Como una orla de la prolongada falda, culebreando al pie de las pardas colinas, espejeaba la lenta cinta de un río. Angulos de riscos y esqueletos de hualles reflejábanse en sus láminas de acero. Además, la cara blanca y descolorida del cielo de Agosto. Todo el cortejo se había acumulado a su margen. Era el vado. Caballos y hombres formaban una sola masa. El viento movía los ponchos y erizaba los pelajes invernales de los caballos, suaves como la plumilla de los pájaros nuevos. A la distancia, aquel espejo plateado, parecía muerto, pero al llegar a la orilla me dí cuenta de su hondura y de la corriente insidiosa que giraba sobre sí misma en rápidos y silenciosos remolinos. Por eso el cortejo se había detenido allí. Los huasos deliberaban antes de pasar. Por último, el huando con su ataúd en la plataforma de palos y ramas comenzó a vadear el riachuelo. Los huasos habíanse arre-

mangado los pantalones y avanzaban sin vacilar. Más adelante, la corriente opuso resistencia. Anillábanse con furia en torno de las pantorrillas de bronce. Los huasos marchaban ahora con gran tiento, las espaldas dobladas por el peso del cajón. Jadeaban los robustos pechos. El estero repetía, con tonos claros y negros, estremecidos por el aire, esa agua fuerte que el azar dibujaba en su superficie. Desiderio Aravena ordenaba desde la orilla la maniobra. Resonaban sus gritos roncos:

—Más p'al norte, on Chuma (dirigíase a uno de los conductores) que p'al sur hay un hoyo grandazo.

On Chano fumaba, sentado en una piedra, dormitando. Disimuladamente me acerqué a él.

—Parece hondo el estero, on Chano, le dije para iniciar la conversación.

—Con estas lluvias ha crecido reharto, pero lo malo está en el barro, tan resbaloso su mercé. Con tal que no pierda pie alguno. Si no al agua con doña Moñi.

Estas palabras fueron pronunciadas con ese tonillo ligeramente burlón y al mismo tiempo grave, tan particular de la montaña. Pero no alcancé a preguntarle nada. Resóno un grito ronco, terminado en un juramento. Nos volvimos rápidamente. Uno de los conductores había resbalado en medio del turbión de aguas oscuras y el ataúd, como una tonina que se zambulle, se había hundido en las aguas silenciosas. Fué un chapoteo rápido; luego la parte trasera apareció para hundirse de nuevo como la cola del pez. Los otros hombres también habían caído al agua. Los pesados borbotones pasaron gorgoriteando sobre ellos. Se irguieron, chorreando agua fangosa. Avanzaban dificultosamente hacia la orilla, abandonando el cajón y las angarillas, que navegaban corriente abajo como en busca del ataúd. Algunos huasos montaron a caballo. Otros vadearon el estero y los de ambas orillas corrían en pos del cajón de doña Moñi, a cada instante más hundido en los enviones de la correntada, lanzando órdenes y agitando los brazos, tal como si se tratase de un animal arisco. La escena era cómica y macabra a la vez; pero más cómica era la expresión de miedo retratada en la cara de don Chano. Sus predicciones, posiblemente dichas por murmurar, comenzaban a realizarse.

—Con tal que no se desclave, lo oí decir en voz baja.

Y sólo más tarde me vine a enterar de lo que quiso decir con esas palabras.

—En aquel bajo se vara, on Ñica, grita uno de los jinetes a otro que ha logrado sobrepasar al cajón y agita su lazo, cada vez

con círculos más rápidos, dispuesto a lanzarlo a la cabeza del ataúd.

El ataúd ha cobrado súbitamente velocidad, al tomar la masa de la corriente que borbota en dirección a la orilla izquierda, describiendo una gran curva.

—Allí se ataja, porque hay unas raíces reduras enterrás, avisa uno.

—Vivo el ojo, on Ñica, advierte otro.

Silba el lazo sobre el agua. Chasquea agudamente sobre la superficie y logra coger los pies del ataúd. Se detiene, entonces, con un brusco movimiento, atravesándose en la correntada.

Los huasos aplauden. Han olvidado por completo que se trata de un entierro. Se oyen explicaciones entusiastas. Carcajadas sonoras. De pronto, una advertencia:

—Se está corriendo el lazo, on Ñica. No se vaya a soltar de nuevo.

Este le comunica al lazo una ligera vibración, al mismo tiempo que clava su caballo en dirección contraria a la cabeza del féretro. El lazo se aferra, ahora, vigorosamente al cajón. On Ñica lo tira un poco. Lentamente rompe el fango líquido de la orilla, con su pesada marcha de lagarto. Parte de la choleta oscura se ha desgarrado como una piel y muestra la desnuda madera, rezumante de agua; pero la clavazón no ha aflojado. Como no tiene manillas lo han subido a pulso al terreno firme. Allí le han quitado el fango refregándolo con hojas de pangue y alguno ha intentado clavar de nuevo la choleta empapada de agua. Otros han ido en busca de los maderos del huando, detenidos un poco más allá, en un remanso, entre las raíces de un viejo sauce alcanzado por la creciente.

Vuelvo a encontrarme, una vez cruzado el río, con mi hermano y don Chano, junto al ataúd de doña Moñi. Se comenta en toda forma la hazaña del vieño de Peñalquín, el mejor lazo de la montaña. Recuerdan hazañas anteriores.

—Y el lazo parece tener virtud, porque se la ganó al Malulo, embroma mi hermano. ¿No le parece, on Chano?

Todos miran al viejo. Sus ojos claros parpadean. Se siente en un compromiso y concluye por responder gravemente. Conoce la psicología de sus coterráneos en esa materia.

—No hay que reírse de estas cosas, patrón Jorge. El Malo anda pu'aquí, regoleteando. ¿No ha visto lo fácil que boyó el cajón?

Todos se han puesto serios y miran al ataúd, como tratando de adivinar lo que hay debajo de las pobres tablas sin labrar.

—La ijunta puee haberse perdío. El Malo, en cuenta de dueño

del agua, se la'ha llevao pa entro e la tierra, por debajo del estero. No vaya a ser cosa que li'haya pasao lo mesmo que al finao Peiro Chávez, que no estaba na en el cajón, cuando le sacaron la'almohá.

Interviene con cierta cólera Desiderio Aravena.

—¡Vos andai siempre con chunchos, viejo mal hablao!

No contestó una palabra. Su protesta se ahoga en una profunda chupetada de su cigarro.

El huando estaba armado de nuevo. Y esta vez le tocó el turno al propio don Chano. Lo ví tomar ese paso rápido, típico de los cerros para estas circunstancias y ví a su Chincol trotar entre otros caballos tras el ataúd. Había cierta maliciosa inquina en la decisión de Desiderio Aravena. Ahora vería el viejo del Nirivilo si efectivamente doña Moñi continuaba dentro de las cuatro tablas del cajón que ya estaba en poder del Malo, en alguna cueva de los cerros más altos, el Peñalquín, el Mimgre o el Name.

En los hombros de los campesinos corría rápidamente el ataúd por una especie de meseta árida. Comenzaban a removerse sobre los cerros las pesadas masas de nubes, como si de pronto perdiesen el equilibrio que las sostenía en el espacio. El viento doblaba las varillas esqueléticas de robles y de hualles. Removía los pesados follajes de boldos y litros.

Sucio, sórdido, surgió el caserío del Empedrado entre los riscos mismos. Piedras y casas tenían el mismo color. La torre tosca de la iglesia dominaba los disparejos tejados. A su vista, se aceleró la marcha del féretro. Me pareció que la cara de Desiderio Aravena se iluminaba, mirando el hombro torcido de don Chano, en el extremo derecho del cajón. Pensaba, tal vez, que allí, en la vieja nave enladrillada, bajo el doblar de las campanas, se libraría la batalla decisiva entre el Malo y doña Moñi. Dios pesaría las buenas y malas acciones de la vieja del Peralillo. Sus deudos habían hecho todo lo posible por librarla de las acechanzas de Satanás. Purificada, después de la misa, se olvidarían sus borracheras y sus crímenes. El Malo, al acecho en algún rincón de la iglesia, la cabeza torcida para no ver la Santa Cruz, se escaparía por el ángulo de un vidrio roto con el rabo entre las piernas, hacia la cueva del diablo, en el risco más abrupto de la cordillera de la costa.

#### IV

Doblaba la campanita aldeana por el alma de doña Bonifacia Retamales de Aravena. Como palomas friolentas salían las

campanadas y el viento las echaba sobre los tejados, hacia el aire libre, por cima del lomo amenazante de los cerros.

El Cura aldeano, un viejo de cabello gris y tostado rostro, revestido con sus ornamentos sagrados, había recibido a doña Moñi en la puerta misma de la iglesia. Esto era una buena señal, porque el párroco había avisado que estaba enfermo. Todo el pueblo se reunió en el árido solar que hacía de plaza. Los huasos habíanse sacado trabajosamente sus viejos y estrafalarios sombreros y las crenchas se esponjaban, cambiando visiblemente de forma a cada segundo. Fué colocado el ataúd en una especie de estrado. Sobre la choleta, gris de fango, caían las gotas del hisopo bendito y los latines agrios del cura, medio masculados por sus labios gruesos. En los ladrillos del piso se habían arrodillado los huasos. En la nave, cuadrada como una bodega, que olía al almizcle del excremento de las lechuzas, resonaban extrañamente la voz ronca del cura y las ásperas toses de los campesinos. Afuera, el viento se llevaba los sonos de las campanas. Parecían doblar muy lejos, más allá de los cerros, arrebuajados de niebla.

El Cura acompañó de nuevo el ataúd a la puerta. Y otra vez, bajo el cielo gris, ahora en contra del viento que hacía aletear las haldas de los ponchos y las barbas de los hombres. Así cruzó el cortejo la vieja calle del poblacho, la única. Las mujeres se asomaban a las puertas, bajo los corredores desnivelados, a las ventanas sin vidrios. Algunos hombres montaron a caballo y se unieron al acompañamiento. Las libaciones no habían terminado aún. Nuevos acompañantes, nuevos tragos que beber en las cantinas del pueblo.

El cementerio estaba en la falda de la colina, a algunas cuerdas del villorrio. El camino, quebrado en las cunetas por enormes zanjas de roja greda, repechaba casi verticalmente el cerro. Cuatro torcidas muralias de pardos adobes formaban el cementerio. Frente a la enorme y gastada puerta de roble, se detuvo el huando. Descabalgaron los huasos. Los cansados caballejos se amontonaron junto a la entrada. Colores dispersos que se reunían en una sola masa pintoresca. Desolado era el aspecto del cementerio aldeano. Toscas casuchas con tejas, semejantes a ranchos, agujereados por angostos ventanillos, eran las bóvedas de los aldeanos más ricos. Cruces mal hechas, con esqueletos de coronas, erizaban la parda desnudez de la tierra. Allí se cavaba la sepultura de doña Moñi. Cerca descansó el ataúd. Los huasos se sentaron a esperar. Fumaban y hablaban. Pesados, sordos, resonaban los azadonazos en la dura tierra serrana.

El frío se había agudizado. Y el viento, la blanca inmovilidad de las nieblas, era, ahora, un negro desfile de nubarrones

espectrales. Los campesinos echaban de cuando en cuando una mirada al cielo y hacían observaciones sobre el tiempo.

—Medio anortada la travesía, decía uno.

—Bueno que llueva pa que las helás se acaben, agregaba otro.

—A los trigos no les sienta ná muy bien la escarcha, completaba un tercero.

---

La fosa estaba lista. Los cavadores tiraron sus azadones a la superficie y esperaron. Pusiéronse de pie los huasos; pero aun no habían terminado las extrañas ceremonias de los cerros. Iba de asombro en asombro. A pesar de mis recuerdos de la montaña (pasé de niño muchas vacaciones en el fundo de mi padre), todo era, para mí, de un extraño sabor primitivo. Parecía vivir en otra época. En lejanos tiempos coloniales. Las supersticiones heredadas de los antepasados españoles y desfiguradas por los indios al civilizarse, habían persistido casi sin cambiar. Todas ellas tenían un mismo fin: hacerse gratos a Dios en el momento de abandonar la tierra. Eran generosos sólo en este instante. Generosos material y espiritualmente. Los corderos asados y el licor bebido sin tasa se hermanaban con la extraña ceremonia de agonizar en la tierra y ésta de quitar la almohada en que el cadáver apoyaba su cabeza, que iba a presenciar.

Desiderio Aravena había levantado la tapa del ataúd con el filo de un azadón. El cadáver quedó al descubierto. Todos se apretujaron para mirar ávidamente. Nadie le hizo ascos al picante olor que asaltó agudamente nuestro olfato. Al contrario, me pareció que un gesto de bienestar animaba la triste expresión de las caras campesinas. Se constataba que el cuerpo subsistía en el ataúd y que los ofrecimientos y rogativas a Dios habían resultado. Ahora nadie dudaba de la salvación de doña Moñi. Yo mismo, sin advertirlo, respiré con satisfacción. Busqué con la vista a on Chano. Obstinadamente sus ojos miraban el cadáver. Nada decían. Quizá estaba avergonzado de sus dudas y se arrepentía de ellas en un interno acto de contrición. Me parecía oírlo decir, como tantas veces, durante el entierro:

—Con las cosas de los ijuntos, nu'hay que juarse, su mercé.

Desiderio Aravena había levantado con cariñoso cuidado (y sería la primera vez), la cabeza de la vieja y otro huaso sacó la pequeña almohada. Se hundió el cráneo en el hueco del ataúd. Crugiendo, la tapa fué clavada de nuevo. Desiderio tomó la almohadilla y con un gesto solemne la arrojó a un extremo del cementerio, junto al muro.

El ataúd descendía al fondo del hoyo. Con ruido cayó la pe-

dregosa tierra de los cerros sobre él. Todos los huasos recogieron puñados de esa tierra y la arrojaron a la fosa. Prodújome un curioso efecto ver esas manos torpes que sobresalían de los ponchos y se hundían en el ripio. Parda la tierra y pardas las toscas manos. ¡Qué semejantes eran, en el fondo, esa tierra viva y esta tierra muerta!

Luego, comenzaron los montañeses a salir del cementerio. Ya están de nuevo a caballo y en camino del pueblo. Conversan en alta voz, se ríen, échanse los caballos en pesadas chanzas, unos sobre otros. Deshecho el orden del acompañamiento, ya no distingo los huasos. Se me han perdido Desiderio y don Chano. Mi hermano se ha reunido, por fin, a mí. Nos vamos apartando poco a poco de ellos para doblar por otra calle y separarnos de la comitiva. En una pequeña astucia que mi hermano, conocedor de la montaña, va a poner en práctica, pero no hay tiempo de ejecutarla. Toda la comitiva se ha apelonado frente al varón de una vieja casa, en los afueras del pueblo. Gritan y cruzan sus caballos en el varón. Se abre la puerta y aparece una mujer alta, de ojos grises y cabello rojo. Casi lanzo un grito, porque me parece la misma doña Moñi que hubiera resucitado. Tiene una enorme tranca en la mano y su actitud es como desafío. Los huasos no piensan en esto, seguramente, porque descabalgan alegres y atan sus caballos al varón. Saludan chanceramente a la mujerota de gesto avinagrado y ésta responde en el mismo tono:

- ¿Cómo le va, oña Rosa?
- Aquí venimos a visitarla pa que no esté tan sola.
- ¿Qué no li'ha llegao mosto del Maule?
- Una carga vimos pasar l'otra tarde, por Peralillo.
- Ejela pasá qui ya está garuando, oña Rosa.

Para cada una de estas frases tiene la mujerona una respuesta pronta, tan áspera y tan cruda como la de los campesinos, sin soltar la maciza tranca. Así debió ser doña Moñi, pienso yo, cuando un grupo de huasos llegaba en busca de vino a su casa del Peralillo y echaban sus caballos sobre el varón. La miré con simpatía. Es como un nuevo elemento que me hace revivir a la muerta oña Moñi, con la cual se empareja esta aldeana a la del Empedrado. En los cerros o en la aldea, que es como una concreción de esos campesinos y de sus costumbres, han tenido un mismo sino. Más pobre ésta, porque el desmantelado cuarto donde estamos, una vez que ella dejó la tranca en la puerta, es su única riqueza. En la tierra ripiosa que se prolonga más allá, no hay frutales ni hortalizas. Un parrón enreda sus guías negras por unas tablas podridas. Un espino subsiste allí, junto a un

muro, arrinconado y raquítico. En tal forma me la recuerda, por la contextura, por la cobriza llama del pelo, por los ojos grises y duros que espero ver, de pronto, junto a la comisura izquierda, el lunarcillo de retorcidos pelos rojizos que observé, a la luz de las velas, dos días antes en Peralillo. Supe, más tarde, que tenían el mismo apellido Retamales, tan común en los cerros como los hualles y los zorros. Producto de raza que viene a equivaler al bandido entre los hombres.

Los huasos habían comenzado a beber. Conversaban animadamente, mientras la mujer roja les llenaba las copas que el espeso vino de los cerros teñía de morado. Noté que estaba descalza y sin medias. Los pies deformes metidos en zuecos que choqueaban secamente a cada uno de sus viajes. En este momento nos separamos de la comitiva. La garúa habíase tornado llovizna mojadora. A través de este cendal grisáceo surgían extrañamente las casas de adobes, con sus tejados disparejos y sus puertas desvencijadas como bocas de viejas paralíticas. No habíamos doblado la esquina cuando nos alcanzó Desiderio Aravena. No pude reprimir un movimiento de ira. ¿Acaso ese huaso nos obligaría a volver de nuevo al cuarto donde estaban bebiendo el agrio vinillo de los cerros?

Mi hermano se rió con malicia.

—Espera, me dijo.

Y las palabras del huaso fueron, en efecto, un enigma para mí.

—¿Sus mercedes vuelven por Peñalquín o se alojan aquí?

¿Qué podía importarle a don Desiderio si nosotros nos quedábamos en el pueblo o nos íbamos al campo? Pero mi hermano, sin inmutarse, le daba explicaciones.

—Nos volvemos hoy mismo, vecino, antes que se descargue la lluvia. No tenga Ud. miedo.

La cara ancha y bovina se inundó de complacencia. Nuevos agradecimientos. Disculpas por la *molestia* de los caballeros. Ya sabíamos que su casa era la nuestra en Peralillo. Volvió riendas y desapareció en la llovizna, haciendo reverencias.

—¿Y a qué viene esto? le pregunté entonces a mi hermano.

—Otra costumbre de los cerros. Dicen que si el doliente llega a su casa primero que los acompañantes del duelo se mueren en el año. Y le queda mucho trabajo por delante. Ir recogiendo a todos los huasos, los ayudará a subir a caballo y los meterá en el camino. Hoy lo vamos a encontrar a la salida del pueblo. Vas a ver.

---

A nadie encontramos en el momento de vadear el estero. Todo el horizonte habíase puesto en movimiento. Una cordillera de nubes oscuras se desplazaba hacia el sur en vertiginoso galope. Ululaba el viento en los crispados ramos de los hualles. Tendíase el cerro en la dirección del norte como el lomo mojado de un monstruo gigantesco. Hacia los cerros, la noche se anticipaba con la llovizna.

Al abrigo de una escarpa, un jinete trataba de resguardarse del viento y de la lluvia. Ondeaba pesadamente su poncho oscuro, cargado de agua. En rápidos golpes de aire lo modelaba el viento como al resto del paisaje bárbaro.

—¿No te lo decía? observó mi hermano. ¡Ahí tienes al doliente en espera de los acompañantes!

Se aproximó a nosotros apenas nos divisó. Veía el movimiento de sus labios gruesos, descoloridos por el frío, pero no entendía sus palabras. Debían ser las mismas de siempre. Agradecimientos, buenos deseos, frases amables. El viento desgarraba los sonidos apenas salían de su boca. Mi hermano le respondía a voz en cuello. No había por qué agradecer. Era un deber entre vecinos. Lo invitó, por último, a seguir viaje a Peñalquín.

Bajo el viento, su cara humilde se trocó en colérica. Un fulgor de odio ensombreció sus ojos negros.

—¿Cómo quiere que me mueva, don Jorge? ¡Ese viejo mal arriado de don Chano no se sabe donde está! ¡Qué rato que pasaron los otros p'al Peralillo!

Rechinaron sus dientes y sus palabras se disolvieron en el viento.

—¡Pero me las va a pagar el viejo mal hablao de don Chano!

En el tumulto huracanado, los puños del montañés amenazaron hacia el oriente. Y los ojos de don Chano, maliciosamente ingenuos, los ví azulear en la trama húmeda del viento. Dos trancos del caballo y Desiderio Aravena fué absorbido por los cerros.

Durante horas, azotó el viento lluvioso nuestras caras. Durante horas sentí en mis oídos su queja aguda, plañidera, trágica.